



DATOS Y APUNTES  
D. MANUEL E. DE GOROSTIZA



INTRODUCCION.

Deseoso de tiempo atrás de escribir la biografía de D. Manuel Eduardo de Gorostiza, fuíme proporcionando datos, y a fines de 1875 tenía ya el artículo necrológico publicado en la "Biblioteca popular económica;" la "Corona poética," formada de las composiciones recitadas en la apoteosis suya que tuvo lugar en nuestro Teatro Nacional; la noticia biográfica incluida en el "Tesoro del Teatro Español;" las noticias y referencias que constan en los "Apuntes históricos de la ciudad de Veracruz" de D. Miguel Lerdo de Tejada; varios documentos que me proporcionó el finado Sr. Lafragua acerca del ingreso de Gorostiza al servicio de Méxi-

co; su Memoria sobre la misión que desempeñó en los Estados Unidos; las diversas ediciones extranjeras y nacionales conocidas de sus obras dramáticas, y los apuntamientos que yo mismo había formado con los detalles que bondadosa y verbalmente me suministró su hijo el Sr. D. Eduardo de Gorostiza.

Proponíame con tales documentos ir escribiendo la expresada biografía, cuando una de nuestras sociedades litetrarias, el Liceo Hidalgo, encomendóme el discurso que pronuncié en la sesión celebrada en honor de Gorostiza por dicha sociedad el 17 de enero de este año. La benevolencia con que fué acogido tal discurso, lo escaso del tiempo de que dispongo para esta clase de labores, y la natural repugnancia á ocuparme dos veces y en diferente forma en un mismo asunto, me hicieron variar el plan de mi trabajo, limitándole á un "Apéndice" al repetido "Discurso."

Al formar aquel, he ido adquiriendo nuevos datos acerca del carácter y de los servicios públicos del Sr. Gorostiza, y los debo principalmente á la eficia del Sr. D. José Lucio Gutiérrez, ayudante suyo durante la campaña del Valle de México en la invasión norteamericana; y al favor de los Sres. Arias, actual encargado del Ministerio de Relaciones exteriores, y Barquera, oficial segundo de la Sección de

Europa, quienes me han proporcionado importantes constancias de los archivos de su oficina. Indudable es que con tiempo y paciencia se lograria aumentar el acopio; pero nadie es dueño del primero, y si lo ya reunido se perdiera, por poco que sea, de aquí á unos cuantos años habría dificultad en reponerlo, puesto que van desapareciendo las personas que trataron íntimamente á Gorostiza. Al consideración me ha decidido á dar punto á mis pesquisas y á imprimir su resultado, concurriendo á ello el deseo de cooperar con estos humildes materiales á la reunión de documentos que para la historia de la literatura nacional ha resuelto efectuar la Academia Mexicana correspondiente de la Española de la Lengua.

A dicha Academia Mexicana, que me dispensa la honra de contarme entre sus miembros, va dedicado este libro, en que aparecen juntos el consabido "Discurso" y el "Apéndice," procurando mutuamente completarse y dar idea aproximada de uno de nuestros más claros ingenios.

México, junio 10. de 1875.

## DISCRUSO

PRONUNCIADO EN LA SESION QUE EN HONOR  
DE D. MANUEL E. DE GOROSTIZA  
CELEBRO EL LICEO HIDALGO  
el 17 de enero de 1876.

## I

Señores:

Honrado por esta Sociedad literaria con el encargo de hablarle de la vida y las obras de D. Manuel Eduardo de Gorostiza en la presente reunión que consagra á glorificar su memoria, he debido aceptarle dramático, no menos que para mostrarme por simpatía y admiración á nuestro poeta agradecido á una distinción que me halaga. Y si me preocupa á ratos el temor de que mis ideas y apreciaciones puedan no ser compartidas de la generalidad de los concurrentes, en seguida me inspira confianza la reflexión de que al nombrarme el Liceo su orador, me adelantó en ello prenda segura de la benevolencia con que ha de oírme. Y aun me infunde más ánimo la firme convicción de que toda discordancia ha de confundirse, y de que nuestro

entusiasmo y nuestra voz han de ser unos al reconocer el mérito de Gorostiza y al saludarle entre los hijos más ilustres de México.

Si sobre él, como sobre casi todos sus compañeros, han pesado, más que la losa del sepulcro, la indiferencia y el olvido resultantes de nuestras agitaciones y angustias, la luz de su memoria empieza á surgir; la nueva generación literaria, ávida de enseñanza y modelos, al evocar á los más distinguidos de sus progenitores, solicita noticias y detalles del Bretón nacional; y el impulso que en realidad se está hoy dando aquí al teatro, hace oportuno y útil el estudio, siquiera sea rápido, de sus obras.

Creería yo, pues, haber cumplido con mi encargo, si en frase sobria, para no abusar de vuestra bondad ni del tiempo, lograra referiros los rasgos más notables de la vida de Gorostiza, y daros idea de sus principales producciones dramáticas, deduciendo de sus calidades y del contraste entre la escuela que él siguió y la romántica posterior, algunas consideraciones que, á ser exactas y útiles, podrían cooperar al adelantamiento de nuestra literatura en el ramo á que me contraigo. Tal es mi intento, y voy á procurar realizarle, aunque con pocas esperanzas de conseguirlo.

## II

Gorostiza nació en nuestro puerto de Veracruz el 13 de octubre de 1789, de una familia española distinguida, cuyo jefe, el general D. Pedro de Gorostiza, vino á la Nueva España con el segundo Conde de Revillagigedo, de quien era pariente ó amigo, á encargarse del mando civil y militar de aquella plaza. Su madre, doña María del Rosario Cepeda, contaba entre sus ascendientes á Santa Teresa de Jesús, y había heredado su ingenio y afición al estudio, de que dió buenas pruebas en Cádiz. Muerto D. Pedro en 1794, la viuda regresó á Madrid con tres hijos, siendo nacidos en España D. Francisco, en quien debía recaer el mayorazgo, y D. Pedro Angel, después matemático notable y á quien como literato elogió D. Eugenio de Ochoa en el "Tesoro del Teatro Español." El menor, nuestro D. Manuel, habiendo recogido el primero los bienes patrimoniales y abrazado el segunda la carrera de las armas, fué destinado á la Iglesia y emprendió los estudios necesarios. Si aprovechólos, como después lo demostró, la vocación sacerdotal no le vino, y con ayuda de sus hermanos, pajes de la

familia real á la sazón, obtuvo plaza de cadete, presentándose á la madre el día menos pensado con uniforme militar en vez de hábitos.

La invasión francesa le halló listo á la defensa de la que entonces era su patria como la invasión norteamericana le había de hallar muchos años después entre los más distinguidos defensores de su tierra natal. Era capitán de granaderos en 1808; batióse contra los franceses, derramando á ocasiones su propia sangre, y ya coronel, y cambiadas las circunstancias públicas, abandonó las armas en 1814 para entregarse á las letras. Ya en 1821 había escrito y hecho representar en Madrid sus primeras comedias "Indulgencia para todos," "Tal para cual," "Las costumbres de antaño" y "D. Dieguito;" pero el torbellino de la política habíale envuelto en su tromba. El odio á los invasores no le preservó del virus de la revolución francesa, y la actitud y las leyes de las Cortes de Cádiz tuviéronle de admirador y partidario. Ni era fácil, supuestas las ideas dominantes, cuya filiación española databa del reinado de Carlos III, que un joven de su carácter é inclinaciones dejara de formar en el bando de los Martínez de la Rosa, Alcalá Galiano y Quintana, y á que en esfera menos activa pertenecían hasta hombres que, como Gómez Hermosilla y Moratin, aceptaron el gobierno efi-

mero de José Bonaparte. Gorostiza llevó a la política la actividad y fogosidad de su carácter y de sus verdes años; y el príncipe que había asombrado al mundo con los rasgos de su deslealtad fíal en Aranjuez, de su humillación y bajeza en Valencey, y de su versatilidad, falsedad y crueldad en el trono, al recobrar el poder absoluto y enviar á los presidios de África á los más ilustres ministros y consejeros de su período constitucional, no podía haberse olvidado del fecundo y entusiasta orador liberal de la Fontana de Oro. Proscrito D. Manuel Eduardo y confiscados sus bienes, salió de España, recorriendo diversas capitales europeas y deteniéndose algún tiempo en Londres, donde residían otros muchos emigrados españoles.

Compartió con ellos las penalidades y escaseces del destierro, tanto más duro para él cuanto que tenía que atender á familia propia, pues se había casado en Madrid con doña Juana Castilla y Portugal. Las letras, que sólo por afición cultivó antes, fué ronle ahora recurso eficaz de subsistencia. Escribía en periódicos sobre materias varias, y especialmente contra el absolutismo dominante en España. En 1822 había publicado en París su "Teatro Original," con las comedias que acabo de citar y que aparecieron dedicadas á Moratin; y tres años después, imprimió en Bruselas su "Teatro escogido," en que de la es-

ción anterior sólo reprodujo "Indulgencia para todos" y "D. Dieguito," presentando como nuevas piezas "El Jugador" y "El Amigo íntimo," y poniendo al frente su retrato, que es el generalmente conocido y que no da idea de la vivacidad y animación de su gesto.

Entretanto, México había realizado su independencia, y siguiendo la propensión que en su adolescencia acompaña á los pueblos como á los individuos, de llamar la atención ajena y crearse relaciones de que se prometen grandes bienes, trataba de hacerse representar dignamente en el exterior; y por medio de sus agentes invitó á Gorostiza á asumir la ciudadanía mexicana y á encargarse de importantes comisiones diplomáticas. A consecuencia de ello, nuestro representante en Londres, D. José Mariano de Michelena, en julio de 1824 dirigió al Gobierno un ocurso de Gorostiza ofreciendo sus servicios á México; y antes de terminar el año, se le encargó una misión confidencial en Holanda. Su familia, que había quedado en Madrid, se le reunió después en Bruselas, de donde en 1829 pasó D. Manuel de encargado de negocios á Londres. De esta última corte, y siendo ya ministro plenipotenciario, después de la caída de Carlos X, fué dos veces á París con el carácter de enviado extraordinario, logrando ajustar nuestro primer tratado de amistad y comercio con

Francia. Tuvo, además, misión confidencial de la administración de Bustamante para arreglar el reconocimiento de nuestra independencia por España, de que se desistió en virtud de sus informes; había estado asimismo con carácter diplomático en Berlín, y para apreciar el resultado general de sus gestiones, bastará recordar que él negoció casi todos nuestros primeros tratados con potencias extranjeras. Por entonces escribió é imprimió en Londres su obra dramática más notable á mi juicio, "Contigo pan y cebolla;" refundió "Las costumbres de antaño;" y dió á luz una "Cartilla política;" que acaso aun más que sus servicios diplomáticos, le ganaría la voluntad de nuestros hombres de 1833.

Vino en ese año con su familia á México, hallando desde Veracruz cordial y entusiasta recibimiento; y supuesto su positivo mérito y lo avanzado de sus ideas liberales, nada extraño fué verle aquí nombrado bibliotecario nacional y síndico del Ayuntamiento, ni que la administración de Gómez Farías le hiciera miembro de la Dirección General de Instrucción Pública, en que figuraban Rodríguez Puebla, Quintana Roo y algunos otros personajes, y que, como es sabido, llegó á ser una especie de consejo privado en que se discutieron y resolvieron las más graves cuestiones políticas de la época. El histo-

riador Mora, Ercilla de esta nueva Araucana, habla de la aquiescencia de Gorostiza respecto de las medidas dictadas en materias eclesiásticas, y de la parte activa que tomo en el plan de secularización de la enseñanza y en la formación de la biblioteca; pero de su animado é instructivo relato de aquellos días terribles en que se proscribían en masa los partidos, nada se deduce en menoscabo de los humanos sentimientos del autor de "Indulgencia para todos," ajeno á los odios y á las persecuciones personales que anublaban el horizonte; y en cuanto á sus ideas y tendencias políticas, si las ensalzara perdería yo todo derecho á vuestro aprecio.

Cambiaron los tiempos; pero, puestas ya en relieve las altas dotes de nuestro D. Manuel Eduardo, siguió desempeñando á intervalos papel notable en la administración pública, ya como consejero, ya como ministro de Relaciones ó de Hacienda, cuyas secretarías tuvo diversas veces á su cargo; ya, en fin, como plenipotenciario en el arreglo de las cuestiones que en 1838 provocaron la guerra con Francia. Infatigable en su actividad la consagraba, ora á la instrucción general y á la de los niños de la Casa de Corrección, cuyo establecimiento fué objeto particular de sus desvelos; ora al teatro, cuya afición jamás le faltó, y á que dió impulso

por todos los medios posibles, haciendo venir, en mucha parte á su costa, la primera compañía de ópera, y constituyéndose empresario del Principal, para cuyo fomento refundió y tradujo multitud de piezas extranjeras, entre ellas la "Emilia Galotti," obra de bastante mérito, del dramaturgo alemán Lessing. Aun debía figurar, sin embargo, en escenario más importante y noble, y sus últimos años nos ofrecen hechos merecedores de eterna recordación, y que vinieron á coronar dignamente una vida empleada casi toda en el servicio de su patria. Refiérome á su misión diplomática en los Estados Unidos y á la parte que tomó en 1847 en la defensa del territorio nacional.

La política norteamericana, después de preparar y fomentar la rebelión de Texas, aspiraba no sólo á la absorción de nuestro Estado, sino á la sanción de este último acto de parte de la nación despojada. Importaba aclarar lo misterioso de sus procedimientos, exigir la reparación posible, y gestionar, sobre todo, la observancia de los tratados y de las leyes internacionales, y á tal fin pasó Gorostiza á Washington de enviado extraordinario, á tiempo que el ejército nacional invadía á Tejas. El sistema de negociaciones y evasivas empleado al principio por nuestros vecinos, fué desapareciendo ante nuestros reveses militares para dar lugar á dudas y suposicio-

nes y asertos aventuradísimos respecto de límites territoriales y de las cláusulas mismas de los tratados existentes. Cuanto el exacto conocimiento de éstos y de los hechos históricos en que se fundaban; cuanto la razón, la buena fe y la energía pueden inspirar en defensa de una causa justa, otro tanto resalta en las notas de Gorostiza al Departamento de Estado. Pero su noble empeño se estrelló ante miras y resoluciones irrevocablemente adoptadas de antemano, cuya práctica se fué desarrollando en seguida á costa nuestra, y cuyo juicio tiene ya pronunciado la historia. En medio de una paz, al menos aparente entre ambos pueblos, la violación del territorio mexicano con la ocupación de Nacogdoches so pretexto de impedir las incursiones de los bárbaros, hizo á nuestro enviado pedir su pasaporte y regresar á México, dando por terminada su misión. Años después, la agresión ganó en tamaño y en franqueza. Tras las batallas de Palo Alto y Resaca, la toma de Monterrey, la jornada gloriosa aunque estéril de la Angostura, la ocupación de Tampico, la rendición de la humeante y heroica Veracruz y el tremendo desastre de Cerro Gordo, el cañón norteamericano tronó en el Valle mismo de México, y un pueblo vencido ya en cien combates, pero conservando el ánimo sereno que heredó de sus dos razas progenitoras, se agrupó

en torno de sus banderas destrozadas á defender la capital de la República. El diplomático ilustre que había sostenido en Washington la causa de la justicia, la causa nacional, quiso pelear por ella como soldado, aspirando á sellar con su propia sangre sus palabras y sus escritos. Levantó y organizó un batallón de artesanos, denominado de "Bragos," y cuando los restos del brillante cuerpo de ejército, debido en Padierna retirábanse en confusión ante las bayonetas del vencedor, el anciano de cerca de sesenta años, fuerte y valeroso y resuelto como en días de su juventud, se apostaba á la cabeza de sus guardias nacionales en el convento de Churubusco, deteniendo el paso al enemigo hasta quemar el último cartucho y recibirle impávido con los brazos descansando sobre las armas. Si la gloria humana no es sueño, Gorostiza alcanzóla ese día, recibiendo sus palmas en el respeto y la admiración de sus adversarios.

Tal fué el último rasgo de su vida pública, y en la privada comenzó desde entonces á gustar el cáliz de amargura que tarde ó temprano llevamos todos á los labios en el huerto del mundo. La muerte de una hija suya, las quiebras mercantiles que acabaron con su modesta fortuna, la ingratitud de los gobiernos; todas esas nieblas frías que traen consigo sobre la frente del hombre los vientos de la ad-

versidad al doblarle como frágil caña hacia la tierra que ha de recibir sus despojos, quebrantaron su ánimo, debilitaron su físico, y recibido en un ataque cerebral el golpe de gracia, rindió el alma al Creador el 23 de octubre de 1851, en Tacubaya.

Dos meses después tuvo lugar su apoteosis en nuestro Teatro Nacional, colocándose su busto en el antepecho de uno de los palcos inmediatos al escenario; y de los poetas que recitaron allí composiciones en honor suyo, sólo dos viven. En Madrid, donde la fama literaria de Gorostiza iba unida á la de Moratín, hubo demostraciones de sentimiento por su muerte; posteriormente acá y allá, indiferencia y olvido. Aun no tenemos una edición mexicana de sus obras completas, casi del todo desconocidas para la generación actual. Pero, repito, la luz de su memoria vuelve á surgir en nuestro horizonte; se acaba de fundar aquí con su nombre una Sociedad dramática, y la reunión á que asistimos atestigua el aprecio que le conservan los amigos de las letras. Parte no poco importantes de este homenaje tiene que ser la breve reseña de sus principales obras.

## III

Las de más mérito, á mi juicio, entre las comedias de Gorostiza, son las intituladas "Indulgencia para todos," "Las costumbres de antaño" y "Contigo pan y cebolla." Tras éstas, que forman casi por igual en primera línea, vienen "D. Dieguito" y el "Amigo íntimo," ambas mostrando originalidad y verdad en los caracteres y animación y gracia en los diálogos. "El jugador" y "Tal para cual," me parecen muy inferiores.

"Indulgencia para todos" viene á ser el feliz desarrollo de la idea eminentemente moral que expresa el título. Su protagonista, D. Severo de Mendoza, justifica en su carácter, su nombre bautismal; educado en las aulas con la austeridad de un espartano, chócalle las costumbres contemporáneas, y aplicando la rigurosa medida de su criterio á la sociedad y á los individuos, los denigra y desprecia. La familia en cuyo seno va á entrar por matrimonio apalabrado con Tomasa, le halla este flaco á última hora y cuando ya el rompimiento del compromiso causaría verdadero escándalo. ¿Qué remedio, pues, en esas alturas sino

hacerle conocer prácticamente que el hombre más grave y medido no está exento de las flaquezas inherentes á su especie, y que, de consiguiente, nadie puede tirar la primera piedra sobre los errores y defectos ajenos? Partiendo de esa base, fórmase, gira y se desarrolla la intriga. D. Severo, que ha sido maestro de Carlos, su futuro yunado, no conoce á su novia Tomasa, y ésta pasa á sus ojos por prima y prometida de Carlos. La familia y los amigos de ella obran de manera que en el transcurso de unas cuantas horas el nuevo Catón, faltando á su compromiso matrimonial, enamorado á la novia de su discípulo y amigo; provocado por éste, se bate en duelo, y para disimular el desafío se va en seguida á pasar la noche en un garito donde pierde el dinero propio y hasta el ajeno. Los remordimientos que le asaltan y las complicaciones y dificultades en que se halla de pronto envuelto á consecuencia de la irregularidad de su conducta, le hacen exclamar:

"¡Cuánto cuesta el enmendar

Un error! Si se supiera,

Más fácil mil veces fuera

Obrar bien que no faltar!"

El alcalde, que toma parte en la intriga, se lleva á la cárcel á Carlos con motivo del duelo, fingiendo no haber podido averiguar

quién fué el adversario para echarle garra también. Va á declararse D. Severo, mas Carlos le hace ver que con ello nada se remediaría, y que comprometería aún más á la supuesta Flora (Tomasa) á quien dice después Severo:

Temo mi opinión perdida

Y el grito de una ofendida

Conciencia; temo también

El merecido desdén

Del anciano Don Fermín,

Y temo á todos, que, en fin,

Teme bien quien no obra bien.

En medio de sus dudas y perplejidades, la criada Colasa, entrometida y habladora, le propone que se quite la máscara. "D. Fermín, le dice, ha escogido á vd. para yerno creyéndolo perfecto. Aparezca usted á sus ojos tal cual es, con los desbarros y lacras de su infidelidad á Doña Tomasa, desafío, del juego, etc., y el viejo le dejará libre de todo compromiso y podrá usted seguir su inclinación casándose con Flora y siendo feliz." No le parece del todo malo el consejo; pero no se resuelve á ponerle en práctica. En éstas llega D. Fermín pidiéndole explicación de los misterios y enredos que dice no comprender: el hombre se turba, Colasa despeja la incógnita y D. Severo confirma la verdad de cuanto refiere la

criada. Pero, en vez del desenlace esperado y provocado, he aquí que el viejo exclama, loco de gusto:

“;Un yerno amable, sensible

Y enamorado en extremo:

Un yerno pundonoroso

Y nada cobarde; un yerno

Amigo de diversiones,

De traspasos y de juegos!

¡Qué hallazgo! Yo que esperaba,

Teniendo un yerno perfecto

Ser martir de su virtud,

Hallarme uno de quien puedo

Murmurar; quien sabrá darme

A cada instante pretextos

Para reñirle y quejarme

A los vecinos y deudos!”

Corre D. Fermín en busca del notario y del cura, y D. Severo entra en nuevas congojas pensando que tiene que casarse con Tomasa, perdiendo á Flora. A mayor abandamiento, el alcalde, seguido de corchetes, viene á preguntarle si ha sido el adversario de Carlos en el desafío, y al oír su respuesta afirmativa, se dispone á prenderle. Pero aparecen el mismo Carlos, Tomasa y D. Fermín, y se aclara y desenlaza la intriga dando la novia á conoecer al pretendiente el ardid con él empleado, á fin de hacerle razonable é indulgente con todos, y unién-

dose entrambos en paz y en gracia de Dios.

El carácter del protagonista ha sido perfectamente ideado y sostenido; la exposición, que ocupa todo el primer acto, es algo lenta y difusa; los diálogos en general, son vivos y abundantes en chistes y sentencias; no hay redundancia de personajes ni de situaciones en el curso de la acción, y el fin moral se resume en unos cuantos versos. D. Fermín dice al yerno:

“No olvides esta lección,  
Que siempre los buenos son  
A perdonar, los primeros.”

Y el yerno exclama, al terminar la comedia:

“Y pues por distintos modos  
Todos, D. Fermín, lo erramos,  
Bueno será que pidamos  
Indulgencia para todos.”

“Las Costumbres de Antaño” es un juguete preciosísimo, que por su naturalidad, fluidez y chiste, parece escrito de una sentada y representar el verdadero género de Gorostiza. Puesta en escena por primera vez esta pieza en una fiesta de corte, con motivo del casamiento de Fernando VII, contenía alusiones y giros suprimidos en su refundición, que la hizo ganar en opi-

nión de los inteligentes. Demuestra á los que suspiran por el modo de vivir en la Edad Media, lo absurda y molesta que nos sería la resurrección de tales costumbres, contrapuestas en todos sus inconvenientes á las ventajas y comodidades de la civilización.

Un D. Pedro, antiguo vecino de Chinchón, abriga la manía de echar menos todo lo añejo. Dos sobrinos suyos que con él viven, Félix é Isabel, primos hermanos entre sí y que deben casarse, lamentan los caprichos del tío, que los hace levantarse al amanecer, acostarse con el sol, leer únicamente crónicas viejas, y vestirse á la antigua usanza; amén de que habiendo el mismo D. Pedro determinado la boda de los tales sobrinos, la retarda con el pretexto de que no se aman con el ardor de los Wambas y Mencías. Ellos, por vía de ensayo, aprovechando el paso de unos cómicos de la legua y la cotidiana siesta del viejo, que es de tres horas, van á ver si le curan con presentarle á lo vivo

“Todo lo que el siglo trece  
Tenía de más amable.”

Al efecto, adornan la sala con unos tapices que les ha prestado el sacristán, así como con muebles antiquísimos en que figuran la noble cornucopia y el venerable

sitial. Una vez que se despierta D. Pedro y comienza á llamar á los sobrinos, apagan la luz y se retiran; sale aquél de su alcoba, admirando que sea ya de noche y no le hayan hecho recordar: tropieza con el sitial que, á poco más, le rompe los huesos; se lamenta del mal servicio de sus criados y dice que algo daría por tener un buen escudero de los antiguos. Le sale al paso uno de éstos, en su traje propio, preguntándole "si hizo su merced luenga siesta." Admirado el anciano ante su aspecto, había y modales, y con la solemne antigüedad de los muebles, se pregunta si aún duerme y se halla bajo el influjo de alguna pesadilla. El escudero colige de sus exclamaciones que "está asaz doliente y sin seso;" le hace saber que él, D. Pedro, es del linaje de los Pérez de Hita, de abolonio esclarecido y copero mayor del rey; le anuncia que ha prevenido ya al doctor y que éste, con su física, pronto le curará; en seguida llama á los pajes para que traigan la ropa del señor, que se compone de calzas coloradas, gregüescos amarillos, colete y ropilla de velarte. Resístese D. Pedro á que le vistan semejantes desfiguros; mas el escudero le amenaza con tratarle como á demente, y cede entonces y déjase vestir, sentándose para ello y lamentando la dureza del sitial de alcornoque y suspirando por las poltronas modernas, así como por las cómodas

calcetas y los desahogados calzoncillos, al sentir que los pajes le ligan y atan las piernas como si fueran cohetes. Queriendo convencerse de que aun duerme y de que tiene que despertar, se resigna del todo con su aventura y pide chocolate; pero todavía no ha nacido Colón, que debe descubrir la tierra del cacao, y solamente le traen pan y vino, demasiado tinto este, y en vasija descomunal. Llega á la sazón el médico recitando aforismos y le manda beber agua clara y aparejarse para que le den catorce sangrías. El sobrino, D. Félix, disfrazado de señor de Valdecorneja, y allí presente, despide ásperamente al doctor y excita al enfermo á que se deje de emplastos y sirapismos y procure solazarse el ánimo; pero resulta que el anciano no sabe danzar, ni jugar cañas, ni correr liebres, ni cabalgar, únicos placeres de la nobleza. El de Valdecorneja le convida á los torneos de Flandes, con motivo del casamiento del conde; pero al oír D. Pedro que en tales fiestas se alancean las gentes sin piedad, opta por teatros, paseos y visitas, y por ver los toros desde el tablado. Interrumpe esta escena Doña Isabel su sobrina, disfrazada, á su turno, de doncella dolorida, que acude ante el noble solicitando su amparo á fin de maridarse, y pidiéndole que niegue muerte á su tirano; á todo lo cual se niega aquél, aconsejándole que para lo primero

acuda á la vicaría, y para lo segundo á la justicia. ¡La justicia! No la hay allí en el siglo décimoquinto: cautivo el rey en Torrecillas, el reino es presa de facciones desatentadas, y, en consecuencia, cada quien remite á su propia espada el castigo de sus agravios. El señor de Valdecorneja excita, por lo mismo, á D. Pedro á apedregar con la demanda de aquella cuñada; y como él se resiste nuevamente, le desafía á causa del desaire, arrojándole el guante. La disyuntiva es terrible para el admirador de lo antiguo: si atiende á la dama y mata á su tirano, se expone á que le acogote el verdugo; si no obra así, tiene que batirse con el presente caballero, que le trinchará de lo lindo. Viendo, pues, que su destino es morir de una ú otra manera, pretende morir con más descanso, tendiéndose en el suelo y enviando al escudero á llamar á un padre agonizante para que le auxilie.

A este punto las cosas, llega un paje convocando á todos los hidalgos á tomar parte en la lid empeñada entre el rey y los nobles. He aquí un diálogo á que da lugar tal incidente:

**DON FELIX.** Acorramos á las armas

**ESCUDERO.** Voy por las de mi señor;

Seguidme, el paje.

**PAJE.** Ya sigo.

**Da. INES.** ¡Oh qué sin ventura soy!  
Ca dónde, si hora vos matan,  
Hallaré desfacedor  
De mi entuerto?

**DON PEDRO.** En la botica,  
Por tres reales de vellón.

**DON FELIX.** ¿E á qué lado vos inclina,  
Señor Pérez, vuestro ardor?

**DON PEDRO.** A ninguno.

**DON FELIX.** Ello es preciso  
Seguir uno de los dos.

**DON PEDRO.** Pues adonde haya más gente  
Allí me arrimaré yo  
Entonces; porque á los muchos  
Siempre los ayuda Dios.

La situación se agrava, porque, además de la guerra intestina, hay invasión de moros, capitaneados por Almanzor. ¿A qué se deberá atender primero? D. Félix resuelve que irán á lidiar en Olmedo al amanecer, y que darán en seguida sobre el moro. Revisten á D. Pedro, de celada, peto y escudo y le presentan una lanza del tamaño de la de Longinos: no puede con tales adminículos dar paso, y declara que allí se quedará si no cargan con él á cuestas. Al llevarsele así los criados, exclama:

“Dios mío, dadme valor:  
Que si en ogaño me miro,  
No quiero otro antaño, no.”